

Beatriz Sarlo, *Borges, un escritor en las orillas* Buenos Aires, Ariel, 1995.

Como lo anticipa Beatriz Sarlo al comienzo del libro, “los primeros capítulos exploran lo que Borges hizo de un hecho ineluctable: haber nacido y escribir en la Argentina”. Así enunciado, el tema propuesto parece tan amplio como indefinido, pero recupera todo su sentido cuando se lo coloca en el contexto de su formulación. Ese contexto es una serie de conferencias dictadas por una crítica argentina en una universidad inglesa sobre un autor que hasta no hace mucho tiempo pudo ser considerado como una especie de escritor inglés extraviado en Sudamérica, cuya literatura pudo fundarse, sin embargo, en la apropiación de un poeta menor de los suburbios de Buenos Aires, y al que la fama universal parece haberlo privado nuevamente de nacionalidad. Para la mirada europea, señala Sarlo, la imagen de Borges es más potente que la de la literatura argentina. Esta mirada excéntrica es la que utiliza Sarlo para reabrir una cuestión que parecía cerrada: la cuestión de lo nacional y lo cosmopolita en la obra borgiana.

Para Borges, los debates sobre la nacionalidad solían ser, ante todo, un lugar propicio para ejercer la paradoja: los escritores argentinos que escribían como españoles eran una prueba de la versatilidad criolla, los nacionalismos argentinos eran ideologías importadas de Europa y en el Corán no había camellos. Aun en los años de su criollismo más fervoroso, durante la década del 20, cuando exaltaba la figura de Rosas, consultaba diccionarios en busca de argentinismos e iniciaba una amistad ostentosa y casi imaginaria con el caudillo Nicolás Paredes, Borges supo mantener unidas las dos líneas de su genealogía. En “El tamaño de mi esperanza”, la más afiebrada efusión del nacionalismo borgiano, recomendaba sin embargo “un criollismo conversador del mundo”. *El idioma de los argentinos* era definido en su prólogo como un libro “enciclopédico y montonero”. En este sentido, “El escritor argentino y la tradición” puede ser leído como un manifiesto tardío de lo que su obra anterior ya había intentado probar, a saber, que las contradicciones contenidas en aquellas fórmulas eran contradicciones *aparentes*. El ensayo afirmaba desde su primer párrafo que el problema del escritor argentino y la tradición era un simulacro. En su conclusión (“Todo lo que hagamos con felicidad los escritores argentinos pertenecerá a la tradición argentina”), Borges no parecía resolver un problema sino disolverlo.

En realidad, lo que Borges disolvía era su propia intervención en el problema. “El escritor argentino y la tradición” es una de las mayores operaciones borgianas sobre el campo de la cultura argentina, sólo que su argumentación es tan hábil que produce la ilusión de que allí simplemente se desata un nudo imaginario. Sarlo lee a Borges contradiciendo esta ilusión: muchas páginas de su libro analizan, celebran o remiten indirectamente a los argumentos de “El escritor argentino y la tradición”, pero todo aquello que Borges trataba como seudoproblema vuelve a ser designado problema, contradicción, conflicto o tensión. Esta lectura “antiborgiana” es la que le permite pensar a Borges como el escritor que responde con su obra una pregunta fundacional: cómo puede escribirse literatura en una nación joven, sin fuertes tradiciones propias y culturalmente periférica.

La respuesta de Borges, según Sarlo, es una literatura que acepta esa ubicación marginal y convierte en elección lo que se presentaba como una condición impuesta y problemática: la literatura borgiana es una literatura de las orillas. “Lejos de considerarlas un límite después del cual sólo puede saltarse al mundo rural de *Don Segundo Sombra*, Borges se detiene precisamente allí y hace del límite un espacio literario”. Para Sarlo, la metáfora de las orillas condensa el modelo de la literatura borgiana, que representa, a su vez, una condensación del modelo cultural de su país.

Las orillas son simultáneamente un lugar concreto, los suburbios de Buenos Aires, y un espacio simbólico. Allí donde Borges sólo parece elegir un paisaje, Sarlo lee también la elección de un espacio en la literatura argentina. Este tipo de lectura es característica de *Borges, un escritor en las orillas*. Para Sarlo los textos de Borges son textos (muchas páginas del libro están dedicadas a un análisis detallado de relatos como “El Sur”, “Funes el memorioso”, “Tlön”, “El fin”, “La biblioteca de Babel”, “La lotería en Babilonia” o “El informe de Brodie”), pero también son *acciones* literarias. En otras palabras, Sarlo lee lo que los textos borgianos hacen, es decir, las operaciones que Borges está llevando a cabo en el sistema de la literatura argentina a través de la escritura de esos textos. Desde esta perspectiva, el *Evaristo Carriego* representa la construcción borgiana de un punto de partida para su propia literatura y una inversión de jerarquías que desplaza a Lugones; *Historia universal de la infamia* es un manifiesto de esa libertad marginal e irreverente que muchos años después Borges propondrá explícitamente en “El escritor argentino y la tradición”; “El fin” es el acto de clausura de la gauchesca y una relectura de esa tradición que refuta las versiones de Rojas y Lugones mientras pone en evidencia el anacronismo de Güiraldes.

Los textos borgianos son siempre operaciones: Borges reorganiza las tradiciones de la literatura

argentina, traza mapas, cambia de lugar, altera jerarquías y, sobre todo, busca las condiciones de posibilidad de una literatura descentrada a través de sus intervenciones en los debates sobre el lenguaje de los argentinos, con la invención de un nuevo concepto de originalidad basado paradójicamente en la reescritura, la cita apócrifa, el arte de la tergiversación y la mezcla, con su respuesta al problema de las relaciones entre la literatura argentina y las literaturas extranjeras, etc.

Borges, un escritor en las orillas indica o sugiere en muchas de sus páginas una homología entre la literatura borgiana y la literatura argentina. Esta homología no es el resultado de una coincidencia. En realidad, el mismo Borges siempre confundió deliberadamente sus textos con el texto de la literatura nacional. En “La pampa y el suburbio son dioses” (1926), por ejemplo, pronosticó que así como la literatura argentina del siglo pasado había vivido del campo, la de este siglo viviría de las orillas. Cuando parece hablar de la literatura argentina Borges está hablando de sus proyectos, cuando escribe su literatura está escribiendo al mismo tiempo una versión en miniatura de la literatura argentina. Borges es un escritor sin descendientes cuya herencia consiste únicamente en esa persuasiva versión: la historia de la literatura argentina, tal como la percibimos hoy, es una invención a la que Borges parece haber contribuido más que nadie.

Si los primeros capítulos de *Borges, un escritor en las orillas* están organizados en torno a la oposición entre lo nacional y lo cosmopolita, los últimos exploran otras tensiones: el formalismo de la poética borgiana y las ideologías que pone en escena su obra, las construcciones imaginarias de la literatura fantástica y la capacidad de estas ficciones para hablar oblicuamente sobre el orden social. Desmintiendo una supuesta resistencia de los textos borgianos a recibir una lectura política, Sarlo examina en los relatos de orilleros los códigos que organizan una comunidad en la que están ausentes las instituciones del Estado, y encuentra en “El informe de Brodie” una reflexión sobre los valores en los que se funda todo orden social. “La literatura fantástica”, escribe, “habla del mundo no a través de su representación sino por *contradicción y divergencia*. No le interesa cifrar sino descifrar”. Esta premisa es la que orienta sus lecturas de “Tlön”, “La biblioteca de Babel” y “La lotería en Babilonia”, que Sarlo aborda como ficciones político-filosóficas.

Más que una traducción, este nuevo libro de Beatriz Sarlo es una reescritura de *Jorge Luis Borges: a writer on the edge*, publicado en Inglaterra en 1993 y producto, a su vez, de un ciclo de conferencias realizadas en la Universidad de Cambridge durante 1992. En su presentación, Sarlo señala que el libro conserva algunas marcas del género de las conferencias, “la marcha de la argumentación y el eco de la oralidad”. Se podría agregar que conserva también algunas huellas de aquel público: el libro carece de las alusiones elusivas, de los presupuestos indiscutibles y de las complicidades provincianas de un libro de crítica para críticos argentinos. *Borges, un escritor en las orillas* privilegia los ensayos, y los relatos borgianos por encima de su poesía y el primer Borges junto al Borges “clásico” de las décadas del 30 y del 40 está mucho más presente que el Borges posterior a *Otras inquisiciones*, pero el objeto del libro es la literatura borgiana considerada como un todo. La interminable bibliografía sobre Borges se basa en el supuesto de que la lenta discusión de un aspecto infinitesimal de la obra borgiana puede ser interesante. En doscientas páginas Sarlo recorre las líneas fundamentales de esa obra, reconstruye sus contextos y los ejemplifica con análisis textuales por momentos minuciosos. En este sentido, *Borges, un escritor en las orillas* viene a ocupar el lugar de las grandes introducciones a la literatura borgiana, el lugar que ocupó primeramente *La expresión de la irrealidad en la obra de Borges*, de Ana María Barrenechea, y luego *Las letras de Borges*, de Silvia Molloy.

Sergio Pastormerlo